

Armando Rubio Huidobro

Armando fue uno de esos seres elegidos que al partir dejan "una falta sin fondo" como decía César Vallejo, uno de sus poetas preferidos.

Lo encontré en el Paseo Ahumada hace unos pocos días. Me habló de su próxima graduación en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile (de la cual fue excelente alumno), del libro de poemas que pensaba publicar, de un viaje a la playa el próximo fin de semana, de Saint-John Perse, uno de cuyos libros llevaba el día de su inesperada y accidental muerte.

Delgado, alto, de cabellera larga y enmarañada, tenía una curiosa semejanza con el Rimbaud adolescente pintado por Fantin Latour. Pero Armando, a diferencia de Rimbaud no era un ángel rebelde o demoníaco, sino una especie de Ángel de la Guarda. Una de aquellas personas a las cuales la sabiduría popular señala destinada a vivir no mucho tiempo en este mundo, por exceso de bondad, prematura sabiduría

Ángel significaba "enviado". Y Armando llegó para dejarnos sus poemas, que lo destacaban entre los mejores poetas chilenos de la actualidad, recién cumplidos los veinticinco años.

No, no hay protesta ni resignación. La llama viva que era Armando se encenderá cada vez que lo recordemos o leamos quienes tuvimos el privilegio de ser sus amigos en su breve tránsito terrestre.

Jorge Teiller